

des sobre los griegos y los extranjeros; pagó las deudas de los macedonios, mediante 240.000.000 de francos; licenció una parte de los soldados, les regaló 20.000 talentos y otros 20.000 talentos más de gratificación que recibieron con su licencia otros diez mil soldados. Reunió en su serrallo trescientas sesenta concubinas, eunucos, odaliscas y todo lo que se usaba en Persia.

Era comun á los reyes orientales el título de Dios y el de hijo de los dioses; diósele también á sus sucesores, aunque inferiores á él; pero desde el principio no podían perdonárselo los macedonios; afectos á sus privilegios nacionales, veían con disgusto al guerrero rey de Pella transformado en Schah de Persia. Procedieron de esto las murmuraciones, las palabras ofensivas pronunciadas en voz alta, y tal vez conjuras. Entonces fué implacable la severidad del rey, aumentadas sus sospechas y estando acostumbrado por la adulación á no encontrar obstáculos. Fué condenado á muerte y ejecutado Philotas por no haber revelado una conjuración; también fué muerto su padre Parmenion, el mejor capitán de Philipo y amigo de Alejandro, por el temor de que no pensase en vengar á su hijo: ¡tan resbaladizo es el sendero del despotismo! Clito, otro amigo de Alejandro, osó censurarle en un banquete, y embriagado el rey, se precipita sobre él y le atraviesa con su lanza, sin perjuicio de derramar sobre sus despojos lágrimas de eterno remordimiento. El filósofo Calistenes, que consideraba posible permanecer en la corte sin adular, fué acusado de complicidad en una conspiración y condenado á muerte. Crates, otro filósofo no méanc sincero, si bien más prudente, conservó sus costumbres macedónicas, lo cual hacia decir al hijo de Philipo:—*Efestion ama á Alejandro, Crates ama al rey*; ocupaba en consecuencia al primero en tratar con los persas, y al segundo con los macedonios.

Efestion era para Alejandro objeto del más tierno afecto; cuando murió mandó el héroe crucificar al médico que le habia asistido, demoler los muros de Ecbatana, raer el pelo de todos los caballos, destruir el templo de Esculapio, apagar el fuego sagrado en toda el Asia. Habiendo sido vencidos los coseos, nación belicosa de la Media, mandó que fuesen degollados

en hecatomba por los manes de su amigo. Hizo echar abajo quinientas diez toesas de los muros de Babilonia para construir una inmensa pirámide fúnebre, y gastó en los funerales, en que fueron inmoladas diez mil víctimas, las rentas de veinticinco ricas provincias; por último, envió el cadáver á Egipto, prometiendo á Cleomeño dejar impunes sus odiosas vejaciones si obtenia de los sacerdotes que deificasen á su amigo.

Las lisonjas que sus aduladores hacían vibrar en su oído debían alentarle á extender todavía más lejos sus expediciones; empujábale también el deseo de ir á la fuente de las riquezas y del comercio: acaso la falta de nociones bastantes acerca del mundo oriental le hizo pensar que su imperio debía tener por natural límite el Océano de Oriente. Penetró, pues, en la parte septentrional de la India (327), denominada por los persas Pendjab, y por los griegos Pentaponia, es decir, *de los cinco rios*; país considerado por los indios como grosero y bárbaro, aunque muy poblado y riquísimo cultivo. Estaba habitado por los scheekes, y en parte por los maratás, es decir, por la casta guerrera de los indios: así es que Alejandro encontró allí más tenaz resistencia que en todos los demás puntos. Añadamos que, como ignorase las lluvias periódicas de aquella region, penetró allí á fines de la primavera, cabalmente cuando empezaban en los montes, haciendo salir de madre á los rios, interceptándole el paso y embarazando su marcha por espacio de cuarenta dias.

Sirviéronle de ayuda á Alejandro, como á los ingleses de nuestros dias, las disensiones de los príncipes, entre quienes el país estaba dividido. Cruzó el Indo por Taxila (Altonck), y ganó el Hidaspo (Bechut ó Chelum), á cuya orilla derrotó á Poro, uno de sus reyes; pasó en seguida el Acesino (Inaoud) y el Hydraoto (Ravei); mas al llegar al Ifaso (Beyah), rehusaron sus tropas seguirle más lejos en un país tan difícil y hácia comarcas remotas y desconocidas, donde la victoria no les prometia ningun provecho. Torciendo, pues, hácia el país de los Mallis (Moultan), y volviendo á encontrar el Hidaspo, hizo que se embarcara allí la mayor parte de sus soldados, para dirigirse al Acesino, y desde este rio al Indo, cuyo curso le condujo al mar.

Habia, pues, perdido la esperanza de conquistar la India; pero aquella expedición sin resultados, ó que al menos pareció tal á los ojos de algunos, abrió entre la India y Europa comunicaciones que desde entonces han continuado sin interrupción alguna. En efecto, las colonias que habia fundado, debieron mantener libre el tránsito de una á otra por tierra, al mismo tiempo que Nearco, su almirante, lo habia abierto por mar desde la embocadura del Indo hasta el Eufrates. A esta época se remontan así mismo las primeras nociones sobre la India, y los griegos hallaron allí con corta diferencia las mismas instituciones que todavía subsisten ahora: la división por castas, las dos grandes sectas religiosas, los samoneos y el dios Bracma. Confundiendo este nombre con el de Bromius ó Baco, hicieron á este último conquistador de la India. Los cateros, vencidos por Alejandro, son la casta de los xatrias ó guerreros. Ya tenían los reyes indios elefantes por cabalgaduras; el poder de un reino se calculaba con arreglo al número de aquellos animales. Cuando los compañeros de Alejandro describen los finos tejidos de algodón que se ponían los indios sobre sus hombros y en rededor de su cabeza; sus barbas teñidas de blanco, azul y encarnado; sus zarcillos de marfil, su quitasol, su elegante calzado, casi se creeria hoy la narración de modernos viajeros.

Como habia hecho en otros países, quiso Alejandro platicar con los sabios indios, á quienes los griegos llamaban gimnosofistas. Al verle éstos, golpeaban con sus piés la tierra como para recordarle que de allí habia salido y allí tornaria. A las réplicas que le dirigian los aduladores del conquistador, contestaban que eran hijos del mismo Dios todos los hombres, que desdeñaban las mercedes de su soberano y no temían sus castigos, capaces solo de desembarazarles algo más pronto de la mortal corteza. Calano, gimnosofista de edad muy avanzada, que acompañaba á Alejandro, se arrojó á las llamas voluntariamente por haber sido atacado de una enfermedad.

Para volver á Persia y á Babilonia cruzó Alejandro la Gedrosia y la Caramania, en cuyos desiertos todavía no habia penetrado nadie. Todos estos altos hechos de que estaba informada la Grecia, contribuían á que se diera

asenso á las fabulosas proezas de Sesostris y de Semíramis. De vuelta los veteranos en los hogares paternos, contaban que Alejandro habia dado cima á mayores cosas que Hércules y Baco, enseñando el matrimonio legítimo á los moradores de Hircania; la agricultura á los aracosios; desarraigando entre los sogdianos la costumbre de quitar la vida á sus ancianos padres; entre los scitas la de comerse á los muertos. Añadía á todo esto la fama los prodigios de que tanto gusta la muchedumbre, y de este modo era reputado Alejandro por más que un hombre. Después de la jornada de Arbella dió un decreto, y por su tenor cada ciudad de la Grecia podia gobernarse con arreglo á sus leyes particulares; habia llamado á los desterrados y vulto á enviar á Atenas las estatuas de Harmodio y de Aristoginton, trasladadas á Suza desde el tiempo de Jerjes. Así todas las ciudades le enviaron humildemente embajades sacerdotales para que le ofreciesen coronas de oro.

No quiere esto decir que el brillo de sus victorias impidiera las agitaciones de los descontentos, ni que dejara de temer la Grecia convertirse en provincia del nuevo imperio de Persia. Por esto no cesaron los griegos de oponer á su expedición contrariedades y Alejandro encontró á sus embajadores en el campamento de Dario, donde habian llegado para activar y dirigir sus medios de defensa. Esparta se opone de continuo á su supremacía y subleva en contra suya el Peloponeso; pero Antipatro á quien estaba confiado el gobierno de Macedonia, restableció la tranquilidad, merced á una victoria insigne (330). Temiendo algun tiempo después Arpalo, gobernador de Babilonia, que le castigase Alejandro al volver de la India á causa de sus exacciones y cohechos, pasó el mar con diez mil mercenarios griegos, y cinco mil talentos para establecerse en Atenas, comprar allí oradores y afiliarlos bajo su autoridad. Demóstenes mismo se dejó coger en sus redes, no así Phocion, quien habia ya rehusado cien talentos que le habian ofrecido de parte de Alejandro. A los enviados que le decían:—*Alejandro te dirige este regalo porque te estima como el único hombre de bien*, Phocion les respondió de este modo:—*Déjeme, pues, que lo sea y lo parezca*. Incorruptible mantuvo á los atenienses en

guardia contra Arpaló, que fué expulsado de aquel punto.

Agotada la Macedonia no podía ya suministrar más soldados. Tal vez Alejandro no tuvo al principio otro pensamiento que el de libertar á la Grecia de la vecindad de Persia, constituyendo en el Asia Menor un estado libre y poderoso; pero sus victorias le alentaron en seguida á derrocar el trono del gran rey. Conseguido este objeto pensó en dilatar el imperio que acababa de conquistar, añadiéndole la India y la Arabia; Babilonia debía llegar á ser capital de la más vasta monarquía que ha existido nunca. Por esto mandó secar los pantanos de aquellos alrededores y ensanchar los canales á fin de poder desplegar una fuerte escuadra; nada hacían imposible á su ambición, la juventud y el envejecimiento de la victoria.

Pero depurada ya la Grecia, lejos de ofrecerle recursos para nuevas adquisiciones, ni aún se hallaba en estado de suministrarle guarniciones bastantes para conservar las ya hechas. No le quedaba más que un medio único y generoso, y era el de inspirar amor á la conquista. Deponiendo, pues, toda preocupación nacional procuró aproximar, unificar las razas, pensamiento que, concebido en un tiempo en que la experiencia no había demostrado todavía, ya que no la imposibilidad absoluta, al ménos la dificultad inmensa que sólo alcanzan á desvanecer los siglos, bastaría á asegurarle el título de Magno. Muy lejos de tratar á los griegos como señores y á los persas como esclavos, no dejaba á los primeros más que el mando de las guarniciones y los principales empleos en las colonias que fundaba, al mismo tiempo que confiaba la administración civil á los hombres del territorio; á menudo eran los mismos que ejercían ya estas funciones; ó los que eran llamados por el voto público; así se hubiera creído que unos y otros tenían en el conquistador á su propio monarca. Respetó las religiones y hasta secundó su acción, por lo ménos según el estado habitual de los déspotas, es decir, en cuanto no sirven de obstáculo á sus designios. Con efecto, fueron víctimas de sus persecuciones los magos celosos de su nacionalidad é intolerantes en su monoteísmo respecto á la idolatría griega.

Como deseaba que Oriente y Occidente se

mezclasen por medio de los matrimonios, mandó celebrar con el mayor esplendor magníficas bodas por sí mismo y por los principales macedonios, á quienes se unieron diez mil jóvenes de las principales familias persas. En esta circunstancia, independiente de los dotes magníficos y una copa de oro para cada uno, construyéronse noventa y dos alcobas y un comedor para cien mesas. Estaban cubiertos los cogines que servían de asiento con un tapiz nupcial de valor de cerca de 2,000 francos; por esto se puede juzgar del del soberano. Todo convidado podía invitar á sus amigos á la mesa; al rededor del festín real comían el ejército, los marinos y los embajadores. El patio interior del edificio tenía cerca de mil piés de longitud, estaba tapizado de preciosas telas y tejidos de algodón blanco, escarlata y púrpura de rara finura, cubierto con toda especie de animales bordados de oro; se elevaba el lecho real sobre columnas de veinte codos de altura adornadas de plata, oro y piedras preciosas. Duraron las fiestas cinco días; empleáronse éstos en beber, oír las músicas y entregarse á la alegría. Fué una loca profusión con respecto al rey de Macedonia; pero también fué concepción hábil, si se considera el deseo que tenía de hacer olvidar á los persas que habían cambiado de dinastía, y confundir en una misma alegría al pueblo conquistado y al conquistador.

Un sistema de educación uniforme, la lectura de Homero y de los trágicos, el teatro, el servicio militar y el comercio debían facilitar la asimilación, sobre la cual fundaba los mayores designios que jamás concibió hombre. Elegidas por él Babilonia y Alejandría con tanta oportunidad, debían de convertirse en el doble centro del comercio, en el cual meditaba una vasta revolución sustituyendo la marina á las caravanas; ya había dispuesto explorar de una manera más exacta los golfos Pérsico y Arábigo; limpiar el Tigris y el Eufrates de las barras y bajos que los obstruían y regularizar su curso. Era su intención ocupar todas las costas del Mediterráneo y hacer á la India accesible; forzar á los árabes á entregarle sus puertos y el país de los aromas; fundar en Asia y en Europa, en los puntos más favorables al comercio y á la defensa, varias ciudades además de las que, en efecto, hizo construir, y poblar

las primeras por europeos y las segundas por asiáticos. Proponíase, en fin, construir edificios que hubieran igualado ó oscurecido los que hasta entonces se conocían de más bello y mejor; templos en Delfos, en Dionea Donona, Anfipolis y Cirras, y uno notablemente consagrado á Pala en Ilion; una pirámide, igual por lo ménos á la de Cefren, hubiera recibido las cenizas de Philipo.

Vino á trastornar la muerte tan vastos planes. Sea por efecto de las fatigas extraordinarias que había sufrido, ó por las exhalaciones pestilenciales de los canales de la Babilonia que se curaba entonces, sea consecuencia de sus excesos, dió fin á sus días una fiebre que duró poco, delante de los muros de Babilonia (30 de Mayo, 324).

Es difícil formar un juicio exacto sobre un príncipe muerto en medio de sus trabajos y de sus esperanzas. Pero aquel que no sabía sino maldecir al conquistador ambicioso en el discípulo de Aristóteles, no da prueba de más juicio que la de aquel pirata, que, prisionero por él, le dijo:—*Infesto los mares con el mismo derecho que tú asolas la tierra.* Un conquistador es sin duda alguna el azote de que la Providencia se sirve de vez en cuando para advertir á los pueblos la enorme distancia que separa la gloria de la felicidad, la victoria de la virtud; pero la misma Providencia emplea estos instrumentos sanguinarios para grandes fines, y ningún otro si no nos engañamos, se mostró nunca más digno de cumplirla que el héroe de Macedonia. Naturalmente liberal y magnánimo supo despreciar á los aduladores, y los hechos desmienten las palabras de una vanidad estúpida puestas en su boca por retóricos posteriores.—*¡Cuán feliz sería, dijo en resucitar dentro de algunos años, para ver lo que se dice de mí! Ahora no me sorprendo de que todos me alaben: los unos temen, los otros esperan.* Mientras que navegaba por el Eufrates, Aristóbulo, su historiógrafo, le leía el diario de su expedición á la India. Como mezclase fábulas á la verdad, le arrancó Alejandro el manuscrito y arrojándolo al río le dijo:—*Merecerías que hicieran otro tanto contigo por atreverte á atribuir falsas hazañas á Alejandro.* Un arquitecto que llegó á proponerle cortar el monte Athos á semejanza suya y representarle teniendo en una mano una ciudad

y de la otra manando un río, lo rechazó. Herido un día se volvió sonriendo á sus cortesanos que acostumbraban á tratarle como á dios:—*Lo que sale de mis venas es sangre, les dijo, no el íkor de los inmortales.* Cuando en su lecho de muerte le preguntó Perdicas cuándo quería que se le tributasen los honores divinos:—*Cuando seas felices,* respondió, es decir nunca; pues preveía y decía que se celebrarían extraños juegos en sus funerales.

Personalmente valiente no evitaba el peligro, considerándose como el último de sus soldados; dividía con ellos sus fatigas, y cuando devorado por la sed en los desiertos de la Libia le trajeron un vaso lleno de agua, la derramó en el suelo, no queriendo, según decía, satisfacer sólo una necesidad común á todos. Asiduamente se aplicaba á los negocios, y encontráronsele después de su muerte notas relativas á sus proyectos. Pasó varios días de su enfermedad en escuchar de boca de Nearco la relación de lo que había hecho y proveer dignamente los puestos vacantes en el ejército. Generoso en la amistad distribuyó á los suyos cuanto poseía, antes de marchar para una expedición, que la fortuna se ha encargado de absolver del cargo de temeridad. Cuando visitó la tumba de Aquiles le envidia ménos de la lira que le había hecho famoso, que el fiel amigo de quien fué amado. Le escribieron que su médico Filipo, á quien apreciaba mucho, quería envenenarle; más él le presenta la carta acusadora, y en el mismo momento traga la bebida que le había preparado. Cuando la madre de Dario se prosterna á los piés de Efestion, á quien tomó por Alejandro, le dijo:—*No te has engañado, madre mía; es otro yo.*

Los honores que tributó á este amigo después de su muerte, dan fé del afecto que le tenía y revelan al mismo tiempo su carácter novelesco; carácter que da á sus actos un aspecto oriental. Nada en él era mediano; desdeñarlo todo ó todo poseerlo. Así cuando vió á Diógenes el Cínico revolcarse en su tonel, exclamó:—*Si no fuera Alejandro, querría ser Diógenes.*

Habiéndole enviado Ada, reina de Caria, dos cocineros de los más expertos, los rehusó diciendo que ya tenía dos de su maestro: para la comida, hacer ejercicio antes de ser de día; para cenar, una comida frugal.

Después de la victoria del Granico perdona á los vencidos en Iso; da treguas á las alegrías del triunfo por consolar á la familia de Darío, y evita hasta el peligro de ver á la mujer é hijas del gran rey, que cayeron en su poder. En fin, concede á los restos de su enemigo honores dignos de él. Que se compare ahora una conducta tan noble con la indecorosa explosión de alegría que saludó en Atenas la muerte de Filipo; con la incansable avaricia y la popularidad charlatana de los demagogos griegos, y con la obscenidad pregonada por los héroes y las ciudades. Estas continuaban en el infame tráfico de los jóvenes dedicados á la prostitución habiendo entrado en el puerto Teodoro de Tarento con un cargamento de estos desgraciados, Filogeno, gobernador de la costa, escribió á Alejandro proponiéndole dos de extrema belleza. Indignado Alejandro, le respondió preguntándole de qué innoble voluptuosidad había oído que se le acusase para hacerle semejante proposición. No se mostró ménos severo con respecto á Agnon, que le ofrecía comprar un tal Cleobulo, que en Corinto traficaba con su persona á un precio exorbitante.

¡Cuán sensible es ver tan bellas cualidades, que le hacen el único héroe caballeresco de la antigüedad, oscurecidas por un carácter en extremo vehemente, por una prosperidad no interrumpida y por la peor clase de enemigos, los aduladores! Los sofistas que en Atenas tenían por oficio distraer al pueblo, pusieron todo su conato con el héroe para ahogar los primeros remordimientos de sus iniquidades. Justificaron el asesinato de Clito, atribuyéndolo unos á la cólera de Baco, diciendo otros que la justicia procede directamente de Júpiter, para indicar que los actos de los reyes son siempre justos. Indirectamente justificaba Calistenes la muerte de Parmenion; sugería Anaxágoras á Alejandro poner de manifiesto sobre su mesa las cabezas de los reyes y de los sátrapas; y cuando oía tronar la tempestad, le preguntaba: *¿Eres tú quien truenas, oh hijo de Júpiter?*

Se apoderó del tesoro de Suza, donde encontró 48.000 talentos en barras y 9.000 en dinero, telas de púrpura por valor de 5.000, y tan hermosas que parecían acabar de salir de manos de los obreros aunque estaban allí hacía ciento noventa años; vasijas llenas de agua del Nilo

y del Danubio para mostrar la extensión del imperio persa, y un trono de maravillosa riqueza. Sentóse en él Alejandro, más como era bajo no alcanzaban sus piés al suelo, y notándolo uno le puso debajo en forma de taburete, la mesa de Darío. Conmovido entonces un eunuco vivamente con ver esta mesa sobre la cual su antiguo amo había comido tantas veces, servir de escalón al nuevo, empezó á sollozar. Afectado con su dolor el macedonio mandó levantarla; pero opúsose á ellos Philotas diciendo: *No ha sido puesta ahí por orden tuya, no tienes pues nada de que reprenderte; la Providencia ha querido que sea de esta suerte para demostrar la inestabilidad de las cosas humanas.*

Entonces la hizo dejar Alejandro á sus piés. Viéndolo el corinto Darnarato sentarse con gran pompa sobre este magnífico trono, derramaba lágrimas de ternura, y proclamaba desgraciados á los que no habían contemplado á Alejandro en su majestad; Athenophano el ateniense le surgió la idea de que para recrearse cuando estuviera en el baño, hiciera un r de nafta á un mancebo, y que le prendiese fuego. En fin, la cortesana Thais se consideraba bien recompensada de todas las incomodidades sufridas en sus errantes correrías, despreciando las magnificencias reales de la Persia: *¡Pero qué placer sería, añadía, si el palacio de Jerjes fuese incendiado como él incendió á Atenas; si se anunciase al mundo que una débil mujer ha vengado á la Grecia mejor de lo que lo habían hecho, antes que ella; los jefes de tantos soldados! Prorumpen los aplausos y exclamaciones en apoyo de lo que acaba de proponer; embriagado Alejandro, coge una antorcha y Persépolis fué incendiada.*

A la altura del héroe estuvo la corrupción del hombre. Manifestábase convertido tan pronto en Mercurio como en Hércules ó Júpiter y entregándose á infamias bajo transformaciones indecorosas. Para conformarse con las costumbres de los vencidos, se hizo supersticioso en Egipto y disoluto en Persia. Fué despota y por consiguiente cruel, tanto por efecto de la embriaguez cuanto por recelo; la horrible matanza de Tebas, el suplicio de los defensores de Tiro y Gaza, el incendio de Persépolis, el asesinato de sus amigos, claman contra él en el tribunal de la posteridad, donde han bas-

## CAPITULO XIV.

El Lacio.

Del Lacio era de donde debía surgir el poder destinado por su fuerza á dominar, no sólo la Italia, sino el mundo. Cuéntase que los aborígenos bajaron de las cimas del Apenino para habitar las llanuras del Lacio, de donde echaron á los sículos y fundaron gran número de cabañas que después se hicieron célebres, tales como Loreto, Prenesto, Lanuvio, Gabias, Arisia, Lavinio, Tibur, morada de la Sibila, y Tusculos con murallas de mármoles rectángulos, Ardea residencia de los róticos, establecimiento enriquecido por el comercio, y enviaron colonias hasta Sagunto en España. No dejaban de unir los lazos religiosos á estas poblaciones que se habían engrandecido separadamente. El *Lucus Ferentinus*, hoy Marino, el bosque sagrado de Diana, cerca de Arisa, el de Venus, entre Lavinio y Ardea, eran otros tantos puntos de reunión para los ritos de un mismo culto. En tiempo de las ferias latinas en el monte de Albano, semejar te al Panionio, se celebraba un solemne sacrificio y se distribuían las carnes de las víctimas á todas las tribus, á las cuales desde lo interior de la selva Alburnia hacia oír sus oraciones el dios Fano, divinidad comun.

Fano, Pico y Latino pasan por los más antiguos reyes del Lacio. Llegó allí en el reinado del primero una colonia de arcadios, conducida por Evandro; después en el de Latino, otra de troyanos escapados por la ruina de su patria y mandados por Eneas. Habiendo conseguido superioridad este príncipe sobre la dinastía indígena, dejó á sus descendientes el trono de Alba, en el que le sucedieron Ascanio, Silvio, Postumo, Silvio Eneas, Latino, Alba, Episto, Capis, Carpentio, Tiberino, Archipo, Emulo, Aventino, Procas y Amulio. Arrojó Amulio del trono á su hermano Numitor, y obligó á Reasilvia, hija única de este príncipe, á hacerse vestal. Pero el dios Marte fecundó su seno y dió el ser á dos gemelos, Rómulo y Remo, que, arrojados en el Tiber, éste los depositó en la orilla y fueron amamantados por una loba. Llegados á la edad de hombres, supieron el secreto de su nacimiento, y habiéndose puesto á la